



Virginia Woolf.

perencia constituye una especie de continuo, que, sin embargo, sólo puede representarse mediante las discontinuidades, para ella, el reconocer que nuestros contactos con el mundo y sobre todo con las personas son fugaces, momentáneos y jamás puros y claros. Ésta es la condición humana hoy en día, o quizá siempre lo ha sido, aunque de eso ella duda, porque Virginia Woolf, escritora producto de la edad victoriana, mujer del mundo moderno, se encontraba más feliz, más contenta, más satisfecha en compañía de los autores de los siglos XVII y XVIII. Curiosamente, muchos autores a los que mejor respondía, donde encontraba las amistades más importantes para ella, eran autores extraordinariamente masculinos. ¿No es extraordinario que una mujer feminista, una mujer consciente de las limitaciones impuestas en personas como ella, disfrutara de una novela como *Tom Jones*?

Hay una contradicción, hay una paradoja, y una de las cosas que se observa en Virginia Woolf es su interés por los encuentros entre generaciones. Para Virginia Woolf, el problema de estos encuentros es cómo una persona de una generación reconoce e identifica la experiencia de otro. ¿Cómo puede imaginar que la otra persona es producto de otro tipo de experiencia, de otro momento en ese proceso histórico? Cuando leemos a Virginia Woolf tenemos este encuentro con nosotros mismos en el sentido de que en cada momento, en cada página, entra un momento de memoria, una referencia a un pasado que quizá resulte ser, y quizá no, relevante al presente. Estas percepciones del pasado y estas memorias no las controlamos, nos vienen, nos interrumpen, y quizá tenemos que—si queremos ver la relación entre el pasado y el presente—detenernos y reflexionar. Pero no hay tiempo para reflexionar porque en ese momento quizá estamos involucrados en una

conversación, estamos con otras personas y la memoria vino. Viene y se va. Y no podemos escapar de estas presencias de este pasado en ningún momento del presente.

Quiero afirmar de nuevo una cosa, que, aunque nos es difícil justificar, afirmar la importancia de la escritora, el hecho de que podamos encontrarnos a nosotros mismos en sus escritos representa un triunfo de ella y de nosotros. Porque lo que Virginia Woolf sabía es que aunque no le tocara cambiar el mundo, ella era una persona que podía responder plenamente a la vida y encontrar en sus ideas—en esta actividad en la que les trataba de construir un abrigo—la posibilidad de lograr lo que sus amigos tanto anhelaban: la creación de gentes verdaderamente civilizadas, capaces de verse a sí mismos en el espejo y responder con imaginación e inteligencia a estos retos que presenta el mundo, retos que nosotros a veces no podemos reconocer en el momento. Al fin y al cabo Virginia Woolf importa si todos nosotros encontramos en ella algo que nos permita actuar, vivir en este mundo como personas civilizadas, personas tolerantes, personas con suficiente imaginación para aceptar lo que nos rodea y aceptar las posibilidades de cambiar todo lo que nos resulte intolerable.

Debo terminar pidiendo disculpas. Pero quisiera disculparme en un sentido: me es muy difícil hablar de Virginia Woolf y sobre todo de esta manera. Antes se habló de que yo he tenido la suerte, la muy buena fortuna de hablar de estas obras con colegas, con amigos, con estudiantes porque Virginia Woolf es uno de esos autores que requiere cierta intimidad. Pero cuando menos he podido dar testimonio del afecto que siento por Virginia Woolf y testimonio también de que para mí, no digo para el mundo, pero para mí, Virginia Woolf es enormemente importante. ♦

Virginia Woolf: la idea en busca de su abrigo

COLIN WHITE

EN VIRGINIA WOOLF, en sus novelas, no encontramos vidas claras, organizadas, que llevan un cierto rumbo claramente delimitado. No es así. En la obra de Virginia Woolf vamos muchas veces de personaje en personaje; personajes que experimentan, por momentos, un encuentro con otra persona, con otro hombre, con otra mujer, con un niño, con un anciano. Pero estos encuentros siempre ocurren en

una mente, en una conciencia que está invadida por memorias, que está no sólo consciente del momento del encuentro sino consciente de todo lo que la rodea que puede ser la naturaleza misma; el ruido de la calle, las últimas noticias, el precio del queso. Todos esos detalles pueden estar presentes en aquellos momentos en donde uno de sus personajes entra en contacto con otro.

Quizá no haya otro autor que ofrezca un espejo tan claro para sus lectores. Cuando entramos en el mundo de Virginia Woolf entramos en un mundo que es de nosotros mismos.

Es muy difícil comparar la vida de uno, la conciencia de nuestras propias vidas, con la vida de otros o la vida de personajes que encontramos en la narrativa. Nosotros en todo

momento estamos conscientes de una dispersión mental que interrumpe nuestra percepción del mundo que nos rodea. Esta idea, esta percepción de Virginia Woolf de sí misma tiene sus orígenes en su experiencia: la joven, la mujer que alcanzó la madurez en momentos muy difíciles y que tuvo una oportunidad casi única de ponerse en contacto, contactos, insisto otra vez, siempre fugaces, momentáneos e interrumpidos, con otras mentes privilegiadas.

Virginia Woolf tiene su lugar porque a los 23 años había iniciado su carrera como crítica. Publica su primera reseña en 1904, una reseña anónima con la que empieza una carre-

ra que no se va a interrumpir hasta su muerte en 1941. Virginia Woolf, antes de ser narradora y novelista es crítica, es lectora. En el curso de su trabajo profesional como crítica literaria aprendió a leer, a leer de manera sensata, a leer con generosidad y a emitir sus juicios con modestia en un lenguaje directo, sensato, y sobre todo lúcido. Y cuando comparamos la gran producción crítica de Virginia Woolf con la de nosotros los académicos, tenemos que reconocer que Virginia Woolf se logra comunicar con sus lectores de una manera que rara vez nosotros logramos. Lo importante aquí es que, para Virginia Woolf, leer un libro es como escuchar a sus amigos, la diferencia es que los contactos con los amigos son siempre momentáneos, fugaces, y el libro, en cambio, ofrece la posibilidad de una cierta continuidad, pero, en esencia, el encuentro de Virginia Woolf con el texto es un encuentro